

Xavier llevó mi "Bajo el signo de la muerte" a *Letras de México* —revista de la que después sería yo redactor— y lo hizo publicar. Fue lo primero mío que vi impreso, fuera de lo que había aparecido en hojas escolares.

Por aquel tiempo lo vi a menudo. Me acompañaban Bernardo Jiménez Montellano —también muerto trágicamente en este fatídico 1950—, Jaime García Terrés, Carlos Elizondo, Bernardo Casanueva, Fedro Guillén, Felipe García Arroyo... Este último autor de la novela *El sol sale para todos*—solicitó a Villaurrutia una colaboración para su revista *Presencia* y obtuvo un ensayo breve sobre las antologías que reconocí como el principio del prólogo a los poemas de Efrén Rebolledo. Xavier me hizo jurar el secreto y, satisfecho del conocimiento que tenía de sus escritos, arriesgó una frase:

—En los jóvenes, la capacidad de admiración supera a la capacidad de lectura.

Vino después una época en que lo vi regularmente, dos o tres veces por semana, como alumno suyo, en una clase de Técnica Dramática que impartió en el Instituto Cinematográfico. Del grupo de estudiantes recuerdo a Salvador Calvillo Madrigal —cuya hermosa pieza en un acto *Amanecer* hizo publicar Villaurrutia en *El Hijo Pródigo*—, al hoy activo periodista Miguel Ángel Mendoza, a Carlos Ortigosa, que entonces empezó los estudios de problemas teatrales que después sistematizaría en la tesis con que obtuvo el grado de maestro en la Facultad de Filosofía y Letras.

Como profesor, Xavier era sorprendente. Su clase era un constante diálogo. Se dedicaba a plantear interrogaciones y a dirigir los debates. Estableció un sistema de trabajos ascendentes, desde un monólogo telefónico hasta una pieza en un acto, pasando por los varios tratamientos —sinopsis, división en escenas, escenas paralelas, *suspense*, clímax y anticlímax, etc.—que deben ir modelando una pieza.

Otra de sus características fue la crítica pública. Al presentarse los trabajos, les daba lectura y todos los presentes tenían derecho a presentar críticas y objeciones, sin que el autor pudiera defenderse sino hasta el final. Contra lo que pudiera creerse, este entrenamiento de modestia fue muy útil y los criticados supieron sacrificar necios orgullos para entender que en el teatro, arte de asamblea, hay que oír la voz del público, si uno no quiere quedarse predicando en un desierto de butacas.

Ahora que lo veo en estas fotografías de Lola Álvarez Bravo —fotografías justas y vivientes como todas las de Lola—, con su lejano aire de tristeza, los ojos levemente entornados, los músculos atentos pero no contraídos, la fina boca siempre a punto de sonreír, recuerdo nuestra última charla, pocos días antes de su muerte.

Era en ese su estudio a donde caía uno desde el tránsito atronador de la calle, para sumergirse en una extraña paz acrecentada por los muebles viejos o envejecidos, las cortinas incoloras, la multitud de retratos y pequeños cuadros que creaban ese aire porfiriano, de burguesía sobrevivida en nuestra época, que él gustaba dar como atmósfera a sus piezas y que allí había logrado sin artificio, con una espontaneidad que acordaba la tamizada luz, los papeles amarillados en impecable orden, la botella de cristal cortado del *cognac*, el eco levemente gutural de su risa.

Hablamos de teatro, de los premios que próximamente otorgaría la Asociación de Críticos a que ambos pertenecíamos, de una posible edición conjunta de los *Monólogos de Cocteau*, algunos de los cuales habíamos traducido independientemente. Al fin, abrió una carpeta y, tomando un escrito, me lo entregó diciendo:

—No sé qué raro empeño tenemos en México por matar a la gente. Para ganarse la noticia, los periódicos dan por muerta a una persona simplemente enferma. Ya lo vió usted con Virginia Fábregas. Por más grave que esté, no se justifican los artículos alarmistas que han aparecido... Ojalá que éste le dé la sensación de que todavía está viva.

Y me entregó unas cuartillas sobre doña Virginia, pulcras, cariñosas, exactas que, por curiosa coincidencia, aparecieron en la revista que yo entonces dirigía, precisamente la víspera de la muerte de la actriz que encarnara magistralmente a la protagonista de *La vida que te di*.

Se fue Xavier en el mediodía de su creación; no prematuramente, porque había ya dejado una obra cuantiosa en prosa y verso, sin duda alguna, una de las sobresalientes de nuestra literatura en el primer medio siglo. Sin embargo, todavía esperábamos mucho de él; estaba lleno de proyectos, de ambiciones. Sus clases eran un semillero de buenos y discretos actores. Sus diálogos dignificaban nuestros *films*. Su entusiasmo por el teatro lo ligaba a las empresas que todavía lo animan. Sus poemas honraban de vez en cuando nuestras mejores publicaciones. Su crítica artística guiaba, amonestaba sin ofender, alababa sin adular. Todo lo suyo estaba pleno de decoro, de mesurada pasión.

Cuando lo dejamos allá en el Tepeyac, sus décimas a la muerte fueron como un himno profundo y sereno, cayendo entre la desolada admiración de sus amigos, creciendo sobre el valle entristecido por el invierno, sobre la ciudad que fue la suya por destino y voluntad, la ciudad que quiso calladamente, a la que nunca dejó:

*La aguja del instantero
se detendrá en el cuadrante,
todo cabrá en un instante
del espacio verdadero,
que ancho, profundo y señero
será elástico a tu paso
de modo que el tiempo cierto
señalará nuestro abrazo
y será posible acaso
vivir aún después de muerto. ♦*

A NUESTROS ANUNCIADORES

les agradeceríamos tomar nota de los teléfonos de nuestra administración: 13-41-65 y 39-31-77

Horas de oficina: de 9 a 2 p. m.

Secretaria: señorita MARÍA GUADALUPE SÁENZ

A NUESTROS SUSCRIPTORES

Toda correspondencia sirvanse enviarla a:

SR. ADMINISTRADOR DE LA REVISTA
"UNIVERSIDAD DE MEXICO"

Justo Sierra N° 16. México, D. F.

Con motivo del alza creciente del papel, desde el pasado número 39 los precios de la revista UNIVERSIDAD DE MEXICO, son:

Número suelto	\$ 0.50
Suscripción anual, 12 números	5.00